

FACULTAT DE TRADUCCIÓ I D'INTERPRETACIÓ

GRAU DE TRADUCCIÓ I D'INTERPRETACIÓ

TREBALL DE FI DE GRAU Curs 2015-2016

**Caucho y genocidio: «Los indios del Putumayo», de
Roger Casement**

**Elena Soler Bonet
1330429**

**TUTOR/A
Juan Gabriel López Guix**

Barcelona, Juny de 2016



Dades del TFG

Títol:

Caucho y genocidio: «Los indios del Putumayo», de Roger Casement.

Cautxú i genocidi: «Els indis del Putumayo», de Roger Casement.

Rubber and genocide: "The Putumayo Indians", by Roger Casement.

Autor/a: Elena Soler Bonet

Tutor: Juan Gabriel López Guix

Centre: Facultat de Traducció i d'Interpretació

Estudis: Grau de Traducció i d'Interpretació

Curs acadèmic: 4t

Paraules clau

Roger Casement, Putumayo, Perú, Amazonas, indígenas, fiebre del caucho, genocidio, explotación

Roger Casement, Putumayo, Perú, Amazonas, indígenas, fiebre del cautxú, genocidi, explotació

Roger Casement, Putumayo, Peru, Amazonas, indigenous, rubber boom, genocide, exploitation

Resum del TFG

El presente trabajo es una presentación editorial y una traducción de un artículo sobre el genocidio a Putumayo escrito por Roger Casement, famoso activista de primeros del siglo XX y defensor de los derechos de los indígenas. Se ha optado por escribir una breve introducción del texto explicando el entorno social y económico que regía en esas tierras de las que Casement escribió. La barbarie y explotación de los indígenas por parte de las compañías no era exclusiva de esa zona pero los escritos de Casement las hicieron famosas, como su investigación en el Congo escandalizó la opinión pública. El trabajo de Casement sigue siendo importante hoy para plantar cara los casos de explotación de poblaciones enteras para servir los intereses de unos pocos. Es por esa razón que se legado de búsqueda de igualdad y justicia social sigue siendo de total actualidad.

El present treball es una presentació editorial i una traducció d'un article sobre el genocidi a Putumayo escrit per Roger Casement, famós activista de primers del segle XX i defensor dels drets dels indígenes. S'ha optat per fer una breu introducció del text explicant l'entorn social i econòmic que regia en aquelles terres de les que Casement va escriure. La barbàrie i explotació dels indígenes per part de les companyies no era exclusiva d'aquelles zones però els escrits de Casement les varen fer famoses, com la seva investigació al Congo va escandalitzar l'opinió pública. El treball de Casement segueix sent important avui dia per plantar cara els casos d'explotació de poblacions senceres per servir els interessos d'uns pocs. Es per aquesta raó que el seu llegat de

cerca de igualtat i de justícia social segueix sent de total actualitat.

The present paper is an editorial presentation and a translation of an article on the Putumayo genocide written by Roger Casement, a famous activist from early twentieth century and defender of the rights of the Indians. It has been chosen to write a brief introduction of the text explaining the social and economic environment that prevailed in those lands that Casement wrote about. Barbarism and exploitation of Indians by companies was not exclusive to that area but the writing of Casement made them famous, like his research in Congo that scandalized public opinion. Casement work is still important nowadays to stand up against the cases of exploitation of entire populations to serve the interests of a few. Is for this reason that his legacy of search for equality and social justice is still present.

Avís legal

Avís legal

© Elena Soler Bonet, Barcelona, 2016. Tots els drets reservats.

Cap contingut d'aquest treball pot ésser objecte de reproducció, comunicació pública, difusió i/o transformació, de forma parcial o total, sense el permís o l'autorització del seu autor/de la seva autora.

Aviso legal

© Elena Soler Bonet, Barcelona, 2016. Todos los derechos reservados.

Ningún contenido de este trabajo puede ser objeto de reproducción, comunicación pública, difusión y/o transformación, de forma parcial o total, sin el permiso o la autorización de su autor/a.

Legal notice

© Elena Soler Bonet, Barcelona, 2016. All rights reserved.

None of the content of this academic work may be reproduced, distributed, broadcast and/or transformed, either in whole or in part, without the express permission or authorization of the author.

Índice

1. Introducción	1
2. Biografía	2
2.1. <i>Obras</i>	3
2.2. <i>El legado cultural de Roger Casement</i>	4
3. Contexto	6
4. Traducción	10
5. Comentario	21
6. Bibliografía	23
7. The Putumayo Indians	25

1. Introducción

La vida y la muerte de Roger Casement son un modelo de una época de grandes contradicciones y de grandes despertares. Defensor de los derechos humanos y ferviente nacionalista, su historia no desentonaría hoy en día. Sin embargo, estamos hablando de un personaje que vivió hace unos 100 años, reconocido y admirado dentro de los círculos intelectuales de su época sobre todo por su labor contra los abusos del sistema colonial en el Congo y, más tarde, en el Amazonas. En los años en que transcurre el llamado «escándalo del Putumayo», Casement se encargaba de la investigación del trato dispensado a los indígenas, un miserable trato que acabó convirtiéndose en un genocidio.

Este trabajo se centra en la presentación editorial y traducción del artículo de Casement titulado «*The Putumayo Indians*» y publicado en *The Contemporary Review* en 1912.

Para la realización de este trabajo, se ha investigado su biografía y el contexto social de la época para dotar de profundidad y certeza a la traducción, asociándola al entorno en que se escribió, y así poder entender y acercarnos más a Roger Casement.

2. Biografía

Roger Casement fue un diplomático británico, defensor de los derechos humanos y nacionalista irlandés. Fue mundialmente famoso por su implicación contra los abusos y las prácticas esclavistas del colonialismo en el Congo y en la Amazonia, y por su actividad a favor de la independencia de Irlanda.

Casement nació en Sandycove, Dublín, el 1 de septiembre de 1864. Hijo de padre protestante, Roger Casement, y madre cristiana, Anne Jephson, fue el menor de cuatro hermanos. Después de la muerte de sus padres, los hermanos estuvieron bajo cuidado de su tío John Casement en Magherintemple, en el Condado de Antrim. Se educó en la escuela diocesana Ballymena pero, a pesar de ser un buen estudiante, dejó los estudios en 1880 por falta de dinero. A partir de 1895, trabajó de cónsul en diferentes partes de África. El 27 de junio de 1895 fue designado cónsul en Lourenço Marques, en África Oriental Portuguesa (hoy en día Maputo, Mozambique). Destaca su labor en el Congo, donde en 1903 el British Foreign Office le pide investigar y escribir un informe sobre la mala gestión de los belgas en el país, entonces propiedad del rey Leopoldo II de Bélgica. Su informe constató que los nativos sufrían abusos y fue publicado en 1904, sin embargo, por presión del Foreign Office, no se dio a conocer ningún nombre. Un año después, Casement fue galardonado con la Orden de San Miguel y San Jorge por su trabajo.

A continuación viajó Santos, Pará y Río de Janeiro, Brasil, donde trabajó de cónsul. En 1910 le piden que investigue los abusos contra los indígenas en la región del Putumayo, una zona fronteriza entre Colombia y Perú. Casement viajó a Iquitos para llevar a cabo su tarea. Tras finalizar su labor, ganó fama internacional como humanitario y el 6 de julio de 1911 fue distinguido con el título de caballero por el Rey Jorge V del Reino Unido. Ese mismo año se retiró del servicio diplomático y volvió a Irlanda. El 13 de julio de 1912 se publicó su informe sobre la región del Putumayo.

Paralelamente, Casement formaba parte de la Gaelic League, una organización que pretendía impulsar la lengua y cultura irlandesa. Fue en su regreso a Irlanda cuando empezó a desarrollarse su visión nacionalista y crítica respecto al trato dado a ésta por Inglaterra. Cuando estalla la Primera Guerra Mundial en 1914, Casement se encontraba recaudando fondos en Estados Unidos para los Voluntarios Irlandeses, una organización paramilitar que años después acabaría convirtiéndose en el IRA (Ejército Republicano Irlandés). En octubre de ese mismo año, Casement viaja a Berlín para hablar con las autoridades alemanas y recibir ayuda para la emergente nación. Tan solo consiguió que los alemanes ofrecieran una pequeña cantidad de armas y unos pocos prisioneros de guerra dispuestos a luchar por la causa irlandesa.

En 1916, Casement abandona Alemania a bordo de un submarino, el U-19, con destino a Irlanda, pero es detenido a su llegada. El barco que llevaba las armas alemanas es interceptado por la Marina Británica. Casement es llevado a la capital y acusado de

traición, espionaje y sabotaje contra la Corona Británica. Además, fue exhibido por la prensa como homosexual y pederasta. Paralelamente a su llegada, estalló el denominado Alzamiento de Pascua, la rebelión irlandesa contra la autoridad británica, hecho que no hizo más que agravar la situación de Casement ante las autoridades.

Tras tres meses de prisión en la Torre de Londres, Casement fue juzgado, declarado culpable y condenado a muerte. A pesar de las peticiones de clemencia de sir Arthur Conan Doyle y William Butler Yeats, entre otras figuras importantes, el 3 de agosto de 1916 fue ahorcado en la prisión de Pentonville.

Su verdugo, John Ellis, comentó: «Me pareció el hombre más valiente que he tenido la desdicha de ejecutar».

2.1. *Obras*

Durante su estancia en el Congo y en la Amazonia, Casement escribió exhaustivos informes en los que documentó y relató los terribles abusos y el trato inhumano que él mismo contempló. Fruto de todas estas investigaciones, se han publicado varios libros. Los más destacados son los siguientes:

Primero, el Informe Casement, que escribió mientras estaba en el Congo, fue publicado en 1904. Está escrito en inglés y en francés y se explica con detalle el genocidio congoleño.

También cabe mencionar el *Diario de la Amazonía*; fue publicado por primera vez en 1997 y en él se recogen todos los informes y trabajos que Roger Casement escribió durante sus años en América del Sur.

Además, en el *Libro azul británico* aparecen de forma integral la carpeta oficial de cincuenta cartas del servicio diplomático británico sobre el maltrato en el Putumayo que fue presentada al Parlamento británico en 1912 y transmitida a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos por el cónsul de los Estados Unidos en el Perú. Hay dos publicaciones oficiales en inglés, una británica (Casement et al., 1912) y otra estadounidense (Casement et al., 1913).

En *The Eyes of Another Race: Roger Casement's Congo Report and 1903 Diary*, Casement explica todo lo que vio durante su estancia en el Congo a principios del siglo XX, cuando fue enviado a investigar los abusos hacia los nativos. En esta versión se han añadido los nombres que fueron censurados en el texto original.

Aparte de sus investigaciones contra el maltrato en el Congo y en Sudamérica, Casement también escribió algunos libros en los que abogaba la independencia de Irlanda.

Su primera obra de este asunto fue *The Crime against Ireland and How the War may Right it*, publicada en 1914. Consiste en los primeros artículos de «Ireland, Germany and the Freedom of the Seas», panfletos de propaganda anti-inglesa que publicó entre 1911 y 1914.

Un año más tarde, en 1915, se publicó *The Crime against Europe. The Causes of the War and the Foundations of Peace*.

Casement escribió una única obra de temática totalmente diferente a los crímenes del Putumayo y del Congo y del nacionalismo irlandés. Esta fue *Some Poems*, un libro que recoge varios poemas y que fue publicado en 1918.

Por último, *The Black Diaries* no son una obra propiamente dicha, sino los diarios que se atribuyeron a Casement y que fueron los que sellaron su destino. Entre sus páginas aparecen escritos detalles sexuales explícitos que lo incriminaron como homosexual promiscuo. Algunos de los fragmentos se hicieron públicos, lo que provocó que importantes figuras que inicialmente lo apoyaban se retrajeran en sus peticiones de clemencia, peticiones que pudieron haberle salvado la vida. Las autoridades británicas fueron las que mostraron públicamente las páginas, en un intento por condenar a muerte a Casement sin oposición, razón por la que se sospecha de la autoría real de los diarios.

2.2. *El legado cultural de Roger Casement*

Roger Casement fue un hombre de gran influencia en su época. Durante toda su vida pudo mantener contacto con importantes personajes del momento. Incluso cuando fue sentenciado a muerte, escritores como Sir Arthur Conan Doyle, William Butler Yeats y George Bernard Shaw, entre otras figuras, pidieron clemencia. Cabe destacar la carta que Sir Arthur Conan Doyle escribió destinada al Primer Ministro en nombre de Roger Casement. En ella, se admite la culpa de Casement y seguidamente se listan algunas de las razones por las que creía que no se debía imponer la pena de muerte. Se argumentaba que su estado mental empeoró a causa de un grave estrés en su carrera, que su ejecución sería beneficiosa para la política alemana y se concluye con el ejemplo de la Guerra de Secesión de Estados Unidos, donde nadie fue ejecutado.

Por desgracia, todos sus esfuerzos fueron en vano; la condena fue inevitable.

Sin embargo, su influencia no desapareció con su muerte. En Irlanda, hay muchas construcciones y organizaciones dedicadas a Casement. Entre estos, destacan el Casement Aerodrome, una base aérea; una urbanización en Cork llamada Roger Casement Park, y un monumento en la playa de Banna en el condado de Kerry, lugar donde fue arrestado. También se encuentra en Belfast el Casement Park, el estadio principal de la Gaelic Athletic Association, una asociación deportiva que organiza competiciones de hurling y fútbol gaélico. Además, varios clubs atléticos gaélicos llevan su nombre, como el Roger Casements GAA Club en Coventry y el Roger Casements GAC en Portglenone.

Asimismo, Casement fue un personaje que también marcó influencia en la cultura de la época, que sigue siendo de suma importancia hoy en día. Cabe mencionar que Sir Arthur Conan Doyle se basó en Casement para su personaje Lord John Roxton, en la novela *The Lost World* (1912). Además, William Butler Yeats, escribió el poema *The Ghost of Roger Casement*, con el que pedía que se repatriara el cadáver. También se mostró su influencia en el extranjero, por ejemplo, en la serie alemana *Sir Roger Casement* (1968) en la que se explica su paso por Alemania durante la Primera Guerra Mundial.

Más recientemente, Mario Vargas Llosa, escritor y premio nobel de Literatura peruano, escribió *El sueño del celta* (2010), una novela histórica en la que recrea la vida de Roger Casement. El título del libro proviene de un poema del mismo Casement que nunca se llegó a publicar. Vargas Llosa lo describió como «un personaje múltiple, con varias biografías que no encajan muy bien. Fue, sobre todo, uno de los primeros europeos que tienen una conciencia clara de lo que es el colonialismo»¹.

¹ Entrevista a María Vargas Llosa (2010). «El nacionalismo es la peor construcción del hombre», *El País*, Madrid.

3. Contexto

La «fiebre del caucho», como se denominó al período de mayor demanda y comercialización del caucho en Europa y Estados Unidos en el siglo XIX, tuvo graves consecuencias económicas y sociales en el Amazonas y en los países que lo contienen. El rápido incremento de su explotación, junto con la discriminación social hacia los indígenas disparó la colonización de la zona y acabó en un horrible genocidio, el conocido como «escándalo del Putumayo».

Los indígenas ya explotaban el caucho de la Amazonia mucho antes de la colonización; al árbol del caucho lo llamaron cauchu, que significa «madera que llora». Su demanda creció a la vez que los avances tecnológicos que impulsaron la industria del transporte en los países desarrollados: un mercado de ciertos elementos del automóvil para una insaciable Europa y Estados Unidos, que presionaban para modelos más rápidos y de menor coste. Con el descubrimiento en el siglo XIX de la vulcanización, el neumático y la cámara de aire, entre otros inventos, la demanda de materias primas incrementó.

La explotación intensiva de materias primas en Sudamérica había empezado a mediados del siglo XIX. En 1850 el componente fundamental de explotación fue la quina, por lo que muchos empresarios viajaron a las regiones de América del Sur donde había mayor abundancia de ella. Uno de los empresarios de la época fue Rafael Reyes, socio y futuro presidente de Casa Elías Reyes y Hermanos, una compañía explotadora de la quina. Rafael Reyes llegó en 1874 a la zona para comercializar la quina colombiana. Ya en 1878, como la empresa antes citada, inició sus operaciones en una región que abarcaba parte de la región de la Bota Caucana, en el departamento colombiano del Cauca, y los ríos Caquetá y Putumayo. El centro neurálgico era Mocoa, allí se encontraba la mayor concentración de quina, y, además, desde allí la transportaban a Puerto Sofía para enviarla en barcos de vapor al Amazonas.

La caída internacional del precio de la quina a finales del siglo XIX conllevó consecuencias desastrosas para la empresa. Muchos de sus empleados marcharon, pero otros se pasaron a un negocio emergente: el caucho.

Las primera empresas caucheras comenzaron a instalarse en 1885. El control de la zona del Putumayo sería más adelante motivo de disputa entre Perú y Colombia por su gran abastecimiento de caucho. Sin llegar a un acuerdo, los dos países decidieron no intervenir hasta la resolución del arbitraje; de esta manera, se convirtió en tierra «de nadie», hecho satisfactorio para los caucheros. La zona también era llamativa por la consolidación de pequeños centros y colonias y por las mejoras en el transporte que comunicaba el interior con la costa.

La demanda en aumento de materias primas como el caucho incentivarón la migración y la colonización de la zona, y se mejoraron las vías de comunicación. Además, la captación de una gran mano de obra ayudó a la expansión de las empresas.

En la Amazonía se organizó una vasta red de extracción y distribución del caucho a través de diversos sistemas de mantenimiento de la mano de obra. El proceso de extracción del caucho estaba liderado por unas pocas casas que mandaban sus capataces por los campamentos. Se les obligaba a cumplir unas cuotas específicas que debían entregar a la casa mayor. Los trabajadores del caucho, denominados siringueros, hacían largos recorridos cada día en busca de los árboles, que estaban dispersos por la selva amazónica. Cuando encontraban uno, le hacían cortes en la corteza para dejar que la savia fluyera y así recolectarla para después entregarla a un patrono, quien les había dado por adelantado alimentos y herramientas. Al mismo tiempo, este empresario se había financiado mediante una deuda contraída con una casa mayor, a la cual a su vez debía entregar el producto. De esta manera, unas pocas casas controlaban el negocio y vendían el caucho a empresas exportadoras. Siguiendo este método se conseguían mayores beneficios con un menor tiempo y coste.

La fuerte demanda y tala de árboles (algunas variedades del caucho, como la del caucho negro obtenido del árbol *castilla elastica*, obligaban a la tala del árbol para su extracción) propició que la variedad antes comentada se agotara y, junto a los efectos de la guerra civil de los Mil Días, obligara a los caucheros a migrar hacia el interior a finales del siglo XIX. Otros optaron por quedarse en Caquetá como colonos o marcharon a buscar nuevas zonas de extracción en el oriente del país. Los caucheros hallaron entre los ríos Caquetá y Putumayo una zona perfecta para abastecerse de caucho. Era una región donde vivían las comunidades indígenas de los huitoto, bora, andoque, nonuya, entre otros, que no tenían relación con la civilización y no hablaban español.

Los indígenas eran vistos y tratados como seres inferiores, así que no es de extrañar que opusieran resistencia contra los colonizadores. Sin embargo, los caucheros ejercían métodos muy duros contra ellos: eran torturados, golpeados y quemados, las mujeres violadas y los niños eran azotados o quedaban huérfanos. Finalmente se creó un régimen de terror al que los indígenas no osaban plantar cara.

Una de las figuras clave del momento fue el comerciante peruano Julio César Arana, quien trabajaba con los caucheros de la zona. En 1901, fundó con su cuñado un centro de acopio. La empresa se fue expandiendo y en 1903 compró la estación La Chorrera, donde fundó la Casa Arana y Hermanos.

La empresa se organizaba en dos distritos: La Chorrera, que recibía el caucho de los ríos Igaráparaná y Cahuinarí; y El Encanto, que era el centro de acopio de las zonas del río Caráparaná.

La Casa Arana tenía diferentes secciones en las que había un capataz con un grupo de trabajadores y de jóvenes indígenas, los «muchachos de servicio». También había inmigrantes de Barbados, que desempeñaban varias labores. Los indígenas extraían el caucho y lo llevaban a la sección. En las barracas vivían los capataces y el

personal, y en la parte baja se almacenaba el caucho. Finalmente, se transportaba la mercancía por río hasta Manaos o Iquitos.

La Casa Arana se convirtió en el dueño de la empresa cauchera más importante gracias a la esclavitud de los nativos. En 1907, cambió su nombre a Peruvian Amazon Company (PAC) y estableció su sede en Londres.

Ese mismo año, Walter Hardenburr, ingeniero estadounidense, viajaba de paso por el Putumayo cuando fue testigo de las torturas a las que eran sometidos los indígenas. Horrorizado por lo visto, publicó en 1909 en el periódico londinense Truth el artículo «El paraíso del diablo», donde relata con sumo detalle el maltrato inhumano y la esclavitud a la que los nativos se veían sometidos. La publicación escandalizó a la comunidad internacional y el Foreign Office tuvo que intervenir. El gobierno británico pidió que investigara los abusos a Roger Casement, que ya era conocido por su papel contra los maltratos del sistema colonial del rey Leopoldo II de Bélgica en el Congo y que en ese momento era cónsul en Río de Janeiro. El año siguiente viajó al Putumayo. Mientras investigaba, entrevistó a los trabajadores, observó la zona de La Chorrera y El Encanto, etc., pero siempre bajo la atenta mirada de representantes de Arana, que le informaban de todos los movimientos de Casement.

Casement terminó su viaje en la región en diciembre de 1910 y volvió a casa, donde escribió el informe en el que confirmaba el maltrato y que finalmente entregó al gobierno británico. Casement insistió que el régimen de trabajo era un sistema social basado en el terror y que, si no se actuaba de inmediato, provocaría un genocidio que haría desaparecer a todos los indios. Casement regresó a Reino Unido desde Perú por última vez en diciembre de 1911.

En 1912, una comisión del Parlamento británico abrió una investigación pública. Sin embargo, con el inicio de la Primera Guerra Mundial se paralizaron las investigaciones.

Después de que Perú y Colombia firmaran el Protocolo de Amistad y Cooperación por la posesión de los territorios comprendidos entre el Putumayo y el Caquetá, en 1924, algunos altos cargos de la PAC trasladaron a la fuerza a la población indígena hacia Perú, ya que necesitaban mano de obra para la producción agropecuaria y la extracción de nuevos productos. El traslado de la población se produjo en dos momentos: el primero, entre 1924 y 1930, y el segundo, en 1932, después de la finalización de la guerra colombo-peruana. Las tierras que antes del genocidio habían tenido tanta vida, quedaron prácticamente despobladas.

A pesar de las denuncias, la Casa Arana siguió operando hasta finales de los años treinta.

Las empresas de Sudamérica sufrieron una gran crisis cuando empresas británicas empezaron la plantación de árboles en África y Malasia, con mejor calidad y precio. Las demandas internacionales del caucho tuvieron un breve despegue durante la Segunda Guerra Mundial, de 1942 a 1945, pero poco después las empresas caucheras en Sudamérica irían desapareciendo.

Ya en 1912, con la publicación de «The Putumayo Indians» en la revista *The Contemporary Review* en ese mismo año, gracias a Casement se desenmascaran los abusos y los maltratos inhumanos que los caucheros del Putumayo practicaban contra los indígenas de la zona. Además, abre los ojos a una horrorizada Europa que estaba demasiado sucumbida en su propia modernización.

«The Putumayo Indians» es más que un artículo informativo, en él, Casement habla no solo de la zona del Putumayo sino también de las tribus indígenas que allí habitaban, narra sus costumbres y su manera de comportarse y, lo más importante, cuenta su humanidad, aquella que los caucheros nunca vieron. Y todo relatado de principio a fin como si fuera una historia.

4. Traducción

LOS INDIOS DEL PUTUMAYO

La región del Putumayo formó hasta hace un período relativamente reciente uno de los regiones menos conocidas de la alta Amazonia, y al aislamiento se puede atribuir la supervivencia de una gran cantidad de sus razas nativas. Ningún gobierno civilizado ejercía autoridad alguna en la región, hasta hace muy poco, y ningún hombre civilizado se había establecido entre las diversas tribus emparentadas que habitan en la espesa selva que se extiende como una ola que avanza casi sin romper por todo el país desde el Putumayo hasta el Caquetá. Estos dos ríos, que nacen en los Andes ecuatorianos y colombianos, no muy lejos de Quito, vierten sus aguas en el Amazonas en Brasil, después de recorrer unos cursos de unos 1900 y 2700 kilómetros respectivamente.

No he sido capaz de determinar el origen de la palabra Putumayo. Parece que, en primer lugar, no se aplicó al gran río hoy en día llamado así, sino a la región del país situada muy en el interior de un punto en la orilla norte del Amazonas, denominado Pebas, que se encuentra solo a unos 144 kilómetros por debajo de Iquitos. El actual Pebas es un pequeño establecimiento comercial, que antes había sido un lugar de suma importancia. Hoy en día, está formado por dos o tres casas de comerciantes peruanos que controlan la tribu indígena de los yagua (llamados como el río en el que principalmente se han afincado), y mediante esos indígenas explotan el caucho silvestre de la selva. En documentos anteriores se habla de «Putumayo» como de un lugar, una «nación» o país al que se llega a través de Pebas. Pebas en sí se encuentra en la boca de un pequeño afluente del Amazonas llamado Ampiyacu, y es probable que remontando ese río los habitantes de la Montaña peruana intentaran con anterioridad llegar al «Putumayo». La Montaña es el nombre que se da a toda la zona selvática de Perú que se extiende desde las estribaciones de la Cordillera Oriental de los Andes orientales hasta la frontera brasileña.

Para ser exactos, la tribu de los indios yaguas son, hablando con propiedad, indios del Putumayo, pero como fue a través del territorio de esa tribu que se intentó llegar por primera vez al Putumayo desde Perú, una relación somera de esas gentes puede no conducir de modo inapropiado a una descripción de los habitantes del Putumayo.

Al parecer se habría realizado intentos de esclavizar a los indios yaguas desde una fecha temprana, ya que hay registros de incursiones esclavistas en la zona desde 1706. Un destacamento de soldados españoles se instaló en Pebas alrededor de 1790 «para prevenir las incursiones de "esclavistas" portugueses» entre los indios del Putumayo. Por lo general, los comerciantes de esclavos portugueses remontaban por el río Caquetá hasta llegar a las regiones selváticas superiores donde los indios eran más numerosos; pero la mención en los archivos de Loreto de las medidas adoptadas por las

autoridades españolas muestran que los traficantes habían extendido sus operaciones muy por encima de la desembocadura del Caquetá a lo largo de la corriente principal del Amazonas.

En un interesante informe de un viaje por el Amazonas en 1828 el teniente Henry Lister Maw, de la Marina Real británica, quien partió de la costa peruana en diciembre de 1827 y llegó a Pará en el Atlántico en abril de 1828, habla de «Putumayo» como una localidad, y la sitúa vagamente en algún lugar entre Iquitos y la frontera brasileña. Cita de un informe del entonces vicario de Moyobamba a las autoridades eclesiásticas de Lima relativo a todos los «pueblos» establecidos en el Diócesis de Maynas, un pasaje donde el vicario se refiere al «pueblo de Putumayo» como el punto más lejano de su jurisdicción nominal. El vicario escribió a Lima: «No conozco su Iglesia y del Estado en el que se encuentra, pero estoy seguro que no tiene cura. Es la Línea donde termina el citado Gobierno con el título y el nombre de las Misiones de Maynas.»

Al describir los indios yaguas que vio en Pebas en 1828, el teniente Maw dice:

Si, tal y como me ha parecido normal suponer, los súbditos o descendientes de los incas se retiraron a la Montaña antes de los españoles, una de estas tribus, llamada Yagua, muestran fuertes marcas de de tal descendencia, no solo porque difieren de los otros indios, casi tanto como de los europeos, sino lo que es extraordinario porque llevan el pelo cortado recto en la frente y muy corto por detrás en la manera descrita como uno de los signos distintivos de los incas y que nunca vimos en ninguna otra tribu india. Son altos y esbeltos, su piel es pardo amarillenta, apenas más oscura que los moyobambinos. Tienen el pelo más claro que los indígenas comunes y la expresión de sus rostros dista mucho de ser estúpida. Visten fajas hechas con corteza fina y blanca, que cuelgan por delante y detrás, y se adornan la cabeza y los brazos con largas plumas de guacamayo o, como ellos lo llaman, papagayo. De hecho, creo que la mejor descripción de los yaguas que vimos en Pebas es la ofrecida por los grabados que se solían publicar de los peruanos en los tiempos de la conquista española...

Antes de la revolución [la revuelta de las colonias españolas] existía comunicación con varias naciones que vivían a medio mes de viaje, sobre todo con la nación Putumayo cerca de Pasto. Esta era numerosa y anteriormente solía recoger zarzaparrilla y cera de abeja, pero cuando empezó la guerra revolucionaria los españoles enviaron soldados a Pebas y los indígenas tenían miedo de venir. El teniente Maw no relaciona este «Putumayo» con el «pueblo» del vicario de Moyobamba, pues se refiere a la supuesta localización de este último de la siguiente manera. «Poco antes de llegar a Tabatinga (la frontera brasileña) pasamos un pueblo en la orilla izquierda, cuyo nombre no

pude aprender de los indígenas, pero que era, quizás, "Putumayo", mencionado por el vicario de Moyobamba.

Unos 480 kilómetros bajando por el Amazonas, cuando ya había pasado la desembocadura del río Putumayo, el teniente Maw solo lo conoció con el nombre brasileño Iça (pronunciado Isaá), y no fue en absoluto consciente de que se trataba del mismo río que, más arriba, era conocido por el nombre peruano de Putumayo. El teniente Maw menciona que los grupos de blancos acostumbraban a subir por el Caquetá en incursiones esclavistas, ya que ese río se consideraba «la zona más favorable para capturar indios». Describe la manera en la que se realizaban esas cacerías de hombres, y la descripción proporcionada en aquel entonces sigue vigente hoy en día en algunas partes del curso superior del Amazonas.

El Caquetá baña las costas del norte de la región selvática en la que las varias tribus que hoy en día forman la «zona del Putumayo» habitan. Resulta evidente que tales tribus fueron antaño muy numerosas por los prolongados esfuerzos de los traficantes por explotar esa prolífica fuente de vida, y en tales poco envidiables esfuerzos los traficantes brasileños o más bien portugueses, parecen haber sido muy anteriores a los de descendencia española. Las tres principales corrientes selváticas que vierten sus aguas en el Putumayo y en el Caquetá, a lo largo de cuyos cursos se extendían los más asentamientos indígenas numerosos, poseen todas ellas nombres que indican origen brasileño. Estos ríos son el Caraparaná y el Igaraparaná, que fluyen hacia el Putumayo, y el Cahuinarí, que fluye hacia el Caquetá. La cuenca formada por esos ríos, cada uno de ellos con un curso de varios cientos de millas de longitud, que forma el hogar de los llamados indios del Putumayo.

Podría decirse que la región cubre unos 80 000 o 96 000 kilómetros cuadrados, pero solo el curso superior y medio de esos ríos tienen, o tenían, una gran población india, así que la parte realmente habitada tal vez no supera las 40 000 kilómetros cuadrados. Allí la selva es más saludable y en comparación más seca, y la altitud media es de unos 180 a 280 pies sobre el nivel del mar. En los primeros años del siglo pasado la población era sin duda mucho mayor de lo que es hoy en día y es muy probable que en aquel entonces fuera de 100 000 personas. Para la porción de territorio que visité se ha calculado en más de una fuente en 50 000 habitantes en los últimos doce años, pero la fecha en la que estuve en el Igaraparaná, en 1910, no era estimada por nadie en más de 10 000 personas en esa región. La disminución no se había debido por completo a la muerte de los indios, provocada por medios de los que no hablaré aquí, sino que también cabía atribuirla a la huida hacia los territorios del norte del Caquetá de grandes masas de fugitivos que intentaban huir de las exacciones de caucho que se les imponían.

Las diversas tribus de esa zona se habían mantenido inalteradas hasta los últimos años del siglo pasado. Su relación con los hombres blancos solo había sido distante, de salvajes visitados de vez en cuando por bandas de traficantes o grupos de supuestos comerciantes que iban a comprar o capturar esclavos indios. Estas expediciones, como he dicho, provenían sobre todo de las vías fluviales brasileñas y eran organizadas sobre todo por portugueses residentes a lo largo del curso principal del Amazonas. En esos

tiempos la legislación de Brasil era impotente en aquella época para impedir ese tráfico nefando. A pesar del mal que representaba—y de la magnitud de ese mal hay sobrados testimonios realizados por viajeros extranjeros, desde el teniente Maw hasta Rochard Wallace, e incluso Louis Agassiz, quien escribió en fecha posterior— dicho tráfico no afectó a las tribus del Putumayo, que eran víctimas o cómplices de él, en su vida familiar y sus relaciones sociales. Donde no había hombres buenos ni motivos respetables entre los intrusos civilizados, era mucho mejor tenerlos como visitantes ocasionales con intenciones criminales que verlos establecerse entre los salvajes; su presencia solo podría corromper aun cuando se sobreviviera a su contacto.

Los indígenas de los bosques del Amazonas tenían, y tienen, muchas cualidades excelentes. Aunque salvajes en su entorno, de hecho, no eran salvajes como se entiende la palabra, por ejemplo, en África Central; e incluso en las zonas donde los indios sudamericanos practican el canibalismo estas tribus remotas han conservado un espíritu afable y un temperamento dócil que contrasta con el salvajismo de los mucho más hábiles africanos. Aunque las tribus salvajes en la gran selva amazónica vivían, y viven, es un estado constante de hostilidad entre sí, eran, y son, reacias al derramamiento de sangre. El salvaje africano, en cambio, se deleita con el derramamiento de sangre, ya sea en el campo de batalla o en un sacrificio humano. Para él la mitad del objetivo de matar reside en el acto de matar. Como dice el zulú, cuando va a la guerra «ve rojo». No se contenta solo con deshacerse del adversario, también quiere derramar su sangre, cortarle las extremidades y regocijarse en un triunfo sangriento. Sus armas ofensivas y defensivas están creadas para esa finalidad. Son armas sanguinarias. Sus inmensas lanzas, con hojas de un pie de largo, sus grandes hachas de guerra y cuchillos curvos para decapitar están hechos para la matanza. No es el caso del indio sudamericano. Acabar con la vida del enemigo era, quizás, una necesidad del entorno y por lo tanto tenían que tener armas para ese fin, aunque son más delicadas, si se puede usar dicha palabra: discretas cerbatanas con un dardo de unos pocos centímetros, pequeñas lanzas que podrían utilizar una mujer o un niño, y silenciosos arcos y flechas. La cerbatana es, quizás, la más efectiva de esas armas. Mientras que el africano hendía a su adversario con una pesada hacha o lo desgarraba con una lanza, el indio le arrebataba la vida a su enemigo sin ruido y sin apenas derramar una gota de sangre.

La aversión india al derramamiento de sangre fue observada por el teniente Herndon, un oficial de la Marina de los Estados Unidos, que descendió al Amazonas en una canoa en 1851, y que registra esa característica de la raza en sus observaciones sobre los habitantes de Chazuta, un pueblo indio por el que pasó a orillas del Huallaga:

He notado que los indígenas de este país se resisten a derramar sangre y sienten horror ante ella. Los he visto alejarse para evitar matar una gallina en una ocasión que se le regaló una con ese propósito a uno de ellos. El indio al que Ijurra pegó no se quejó del dolor del golpe, pero se lamentó rencorosa y repetidamente que se «había derramado su sangre.»

El teniente Herndon se refiere allí a una tribu que ya estaba bajo influencia de maestros cristianos, pero que en ese, así como en otros aspectos, conservaba sus instintos naturales. Menciona a esos indios de Chazuta como «una raza amable y tranquila; muy dócil y muy obediente a su sacerdote, al que siempre le saludan arrodillándose y besándole la mano»; pero que, sin embargo, «destacaban como cazadores»

Aunque las peleas constantes predominaban en las tribus indias feroces ocultas en la selva, es evidente que no pensaban principalmente en la guerra, pues de haber sido ése el caso, sus viviendas habrían sido construidas de otra manera. Las tribus situadas en circunstancias similares en África enseguida aprenden a fortificar el lugar donde habitan. Los poblados africanos, incluso los más rudimentarios, están a menudo rodeados de sólidas empalizadas, trincheras y otras obras defensivas. Los indios sudamericanos, aunque son constructores muy hábiles y con abundantes materiales para la construcción, siempre se han conformado con viviendas que no ofrecen protección alguna contra los ataques. Las casas de las tribus del Putumayo, por ejemplo, son, como viviendas, mucho más nobles y están mejor construidas que la mayoría de las viviendas africanas del mismo tipo de habitantes de la selva, pero solo ofrecen resguardo contra la lluvia y el sol, no contra el enemigo. Esas viviendas están construidas con mucha habilidad. Varias familias indias se agrupan juntas, unidas todas ellas por estrechos lazos sanguíneos, y esa agrupación de parientes, llamada «clan», puede llegar a, quizás, trescientas personas, y habita bajo un mismo techo en una gran residencia central regida por un jefe hereditario. Se crea un claro en la selva, y, con los rectísimos árboles que abundan en la selva, se erige una casa tribal noble y muy espaciosa. Los postes son tan rectos como el mástil de un barco. La parhilera suele encontrarse a menudo entre nueve y doce metros del suelo y se demuestra una habilidad considerable en equilibrar las vigas desiguales y ajustar el peso del quincho. Este quincho está formado con hojas secas y trenzadas de una pequeña palma de pantano, que excluye admirablemente tanto la lluvia como los rayos del sol. No hay ninguna vivienda tropical en la que haya estado en África que sea tan fresca o tan seca como una techada con ese material. Los techos, o quinchos, de esas viviendas se extienden hasta el suelo y sirven como paredes. No están diseñados como obstáculo contra intrusos sino como para excluir la luz del sol y la humedad, y en ningún caso pueden usarse como protección contra ataques.

Las causas del conflicto entre las tribus vecinas de los indios han estallado de modo invariable no por la búsqueda de la ganancia o el provecho, sino motivadas por querellas familiares o a causa de disputas puramente. El indio no tenía ningún deseo de enriquecerse a expensas de su vecino. Era, y es, un socialista por temperamento, hábito, y, quizás, antiguo recuerdo del precepto incaico y preincaico. Cuando una tribu atacaba a otra tribu la causa del conflicto era casi con seguridad personal, y diría que muy a menudo debido a una acusación de brujería, o relacionada quizás con una cuestión de honor. Moría un individuo de una familia y se decía que la razón de la muerte se debía a la enemistad y la conducta incorrecta de un vecino. Como cada clan no era más que una única familia, el perjuicio a un miembro se convertía en un agravio a todos.

Mientras estaba en una estación llamada Occidente, en medio de la selva, entre el Caquetá y el Igaraparaná, un día de octubre, 1910, un gran ibis, un ave magnífica, apareció desde el norte, planeando en lo alto del cielo. Se puso a dar vueltas y finalmente descendió en el calvero de la estación, en unos cuantos metros de la casa donde estábamos todos almorzando en la veranda. En el lugar se encontraban en ese momento muchos indios de la selva, que pertenecían a las tribus de los huitoto y de los muinanes, y se mostraron muy entusiasmados con la llegada del pájaro y con que se hubiera posado intencionadamente casi en el mismo lugar exacto en el que ellos estaban.

Me costó evitar que mataran el ave. Un jefe de los muinanes llamado Hatima, amigo mío y que tenía un rifle para el que le había dado cartuchos, me suplicó poder dispararle al ibis; sin embargo, para complacerme, dejaron al ave tranquila frente a una curiosa multitud de peruanos e indios entremezclados. Tras descansar unos minutos y arreglarse con el pico las plumas, volvió a alzar el vuelo y, elevándose en dos o tres círculos, pronto alcanzó una gran altura; luego se volvió hacia el sur y desapareció en la lejanía sobre el dosel de la selva, volando hacia el territorio de los huitoto siguiendo el Igaraparaná. Hatima se quejó con pesar de que sus enemigos, los carijona, una tribu del otro lado del Caquetá, había enviado el pájaro para provocarles desgracias y que mi intervención había contribuido a la maldad de sus enemigos. La brujería representa una parte tan importante en la vida —y la muerte— de un indio del Putumayo como en la del bayanzi del Congo o de un ribereño del Níger obsesionado con los espíritus.

Los indios del Putumayo están compuestos de unas seis o siete tribus distintas que hablan lenguas diferentes, o quizás dialectos completamente diferentes de la misma lengua. Son idénticos en actitud y costumbres, aunque su carácter es bastante diferente. Las tribus principales son los huitoto, los bora, los andoque, los muinane, los recigaro, los ocaina y los nonuya, que viven en la región donde se han llevado a cabo las operaciones de la Peruvian Amazon Company. Los huitotos son los más numerosos, mientras que es probable que de los recigaro solo quede un puñado.

Los huitoto son la tribu menos fuerte y valiente de todas, y por esa razón han padecido la carga más pesada de la recogida de caucho. Los bora y los recigaro son los que tienen mejor forma física y moral de todas las tribus mencionadas. Los primeros están todavía en gran parte sin conquistar, es decir, viven en remotas casas forestales ajenos a las bendiciones de la «civilización» y libres para cultivar sus terrenos de selva despejada con tanta tranquilidad como les permite el entorno natural. Sin embargo, muchos se han convertido en recolectores de caucho y han sufrido enormemente por ello. Son unos hombres con una excelente constitución física, como los recigaro, de extremidades firmes y limpias, a menudo con facciones muy agradables, y son valientes, inteligentes y capaces.

Todos esos indios son, de hecho, notablemente inteligentes. Su debilidad no reside tanto en su falta de inteligencia como en esa extendida docilidad de la mente que lleva a todos los indios, en ese lugar de Sudamérica, a someterse al hombre blanco y rendirle una obediencia siempre demasiado dispuesta. Las causas de este

comportamiento sumiso radica indudablemente en las características básicas de la raza india. Fue sin duda esa cualidad la que permitió a los soberanos incas, y a quienes los precedieron, a construir un imperio comunalista en la meseta andina en buena parte con la misma materia prima. Soy consciente de que más de un autor afirma que la población de los Andes era de un origen totalmente diferente al de los indios de la selva, pero no comparto esa creencia. Me parece que todos los indios del Nuevo Mundo provienen de un origen común, puesto que los puntos de semejanza entre ellos son innatos e igual de visibles en comunidades muy separadas, mientras que los puntos de diferencia pueden explicarse en todas partes por la fuerza de las circunstancias y la influencia de los alimentos, el clima y el entorno.

De acuerdo con lo que ha sido mi percepción, diría que las tribus recluidas en las vastas selvas del Amazonas tuvieron un origen idéntico al de los aimara y quichua del Imperio Inca; difieren obviamente en muchos aspectos debido a las circunstancias externas soportadas durante muchísimo tiempo, pero conservan muchas características comunes, y, en su perspectiva general de la vida, mantienen una actitud mental obediente tanto en la selva como las alturas montañosas. Un dato curioso que observé durante mi breve estancia en el Putumayo apoya este punto de vista. La música, las canciones y las danzas de los indios de la selva no están basadas en su vida cotidiana, sino que proceden de alguna lejana y antigua fuente de inspiración. Describirlas tal y como las presencié más de una vez en el corazón de la profunda selva ecuatorial sería describir lo que el teniente Maw, refiriéndose casi un siglo antes a la danza observada en la ladera occidental de los Andes, denominó «la antigua danza inca de los indios». Al recorrer las calles de Contumazá «se encontró con varios grupos que iban con máscaras, bailando la antigua danza india transmitida desde la época de los incas: la música se ejecutaba con el antiguo tambor y un tipo de caramillo o flauta. Cuando se detenían para bailar lo hacían en un círculo irregular». Estas palabras podrían describir, muy brevemente, cualquiera de las danzas indias que aún se celebraban cientos e incluso miles de millas del lugar donde se alzó la civilización inca y que he observado con frecuencia en el Putumayo.

El tambor, la flauta y los hombres enmascarados eran una parte fundamental de cada actuación y los bailarines estaban siempre separados en círculos divergentes e irregulares, mientras que la canción que acompañaba ese movimiento tenía una letra que ninguno de los hombres blancos peruanos o colombianos, que a menudo hablaban la lengua nativa de la tribu con extraordinaria fluidez, entendía en absoluto. Todos respondieron a mi pregunta afirmando que cuando los indios bailaban cantaban «canciones antiquísimas» cuyo origen nadie conocía y cuyas palabras no tenían sentido fuera de la danza. No me dieron ninguna explicación adicional. Las canciones eran «muy antiguas» y hacían referencia a acontecimientos oscuros y lejanos que ninguno de los blancos llegaba a entender; los indios solo decían que provenían de su remoto pasado. A medida que estudiaba a esos inocentes, amigables e ingenuos seres humanos me convencí cada vez más de que ese remoto pasado era algo completamente diferente de su entorno cotidiano.

Se podría decir que iban casi completamente desnudos: los hombres solo llevaban un trozo de la corteza de árbol atado a la cintura; mientras que las mujeres, completamente desnudas, se pintaban el cuerpo con tintes vegetales, y, en las danzas, se colocaban con una mezcla adhesiva plumón y plumas en las pantorrillas y a veces por debajo de la cadera. Los hombres, también, se pintaban el cuerpo con variados tintes naturales que no tardaban en quitarse o borrarse. Ambos géneros son castos y sumamente pudorosos. Poseen una mente alerta, rápida y perceptiva —aunque creo que no receptiva— y son de natural alegres y educados. Sus posesiones son casi nulas; y su entorno deprimente en extremo: una selva malsana, densa y lóbrega habitada por bestias salvajes, serpientes e insectos, y expuesta a unas de las precipitaciones más intensas del mundo, acompañadas a menudo de unas tremendas tormentas de truenos y relámpagos capaces de consternar al corazón más valiente. No hay metales e incluso las piedras son escasas, la selva lo era todo para ellos. No tenían animales domésticos de ninguna clase, ni comida ni materiales, salvo los que podían conseguir de los interminables bosques en los que estaban inmersos. Tales entornos no ofrecían un futuro ni conservaban un pasado.

Las estrellas y los cuerpos celestes no desempeñaban ningún papel en las vidas de aquellos que estaban sumergidos en esa penumbra de un eterno inframundo de árboles. A todos los efectos, su existencia material era parecida a la de los animales salvajes de su alrededor; y, si las bestias salvajes estaban en su hogar en la selva, cabría pensar que los hombres salvajes eran también sus habitantes naturales. Sin embargo, cuando más eran esos indios estudiados, más claro quedaba que no eran hijos de la selva, sino hijos de otro lugar perdidos en el bosque; niños del bosque, ya crecidos, es cierto, para quienes la selva era su único patrimonio y refugio, pero sin olvidar nunca que no era su hogar. Se habían adaptado, tanto como posible, a su entorno y se las han arreglado para vivir allí; pero nunca habían acabado de aceptar ese ambiente. Así, mientras sus cuerpos se extraviaban y perdían entre los árboles, su mente, sus recuerdos, tal vez, se negaban a aceptar ese entorno. Nunca daban la impresión de estar en su hogar. Se habían negado a sacar el mejor provecho de las circunstancias. Aunque su conocimiento de la selva y de cuanto ésta contenía era profundo, percibía uno que esos habitantes ancestrales del bosque no eran ciudadanos de la selva, sino extraños llegados por casualidad a un entorno que no amaban, aunque lo conocían de memoria, y que se pasaban la vida en un picnic hereditario y no en una ocupación establecida. Todos los materiales de su entorno eran temporales; sus únicas posesiones permanentes eran mentales y, si puedo usar la palabra, espirituales. Mientras que la Naturaleza se mostraba con su vestimenta de altivos árboles sombría, sobrevestida y silenciosa, el indio se reía, desnudo, dispuesto a cantar y bailar a la menor provocación.

Aunque se abstén de proveerse de un campamento, o un lugar de residencia, e incluso de cultivar más allá sus necesidades más inmediatas, siempre estaba listo para un baile, un juego o una expedición de caza. Las danzas, las canciones, eran una parte más importante de su vida que la satisfacción de las necesidades materiales. Estas

habrían quedado mejor satisfechas de dirigir en dirección todas sus energías, pero el indio parecía perseguido por el recuerdo de unas circunstancias diferentes de aquellas en las que residía, y que la esperanza de una huida, una restitución, de hallazgo de una salida de esa región en la que se había adentrado y extraviado, se interpusiera entre él y el esfuerzo continuado y estable para convertir en una tierra nativa esa selva accidental. Todo excepto la música, la danza y las canciones eran temporales; la casa, o vivienda del clan, era movida de un lugar a otro dentro de la región cuyo dominio era reclamado por el clan, y el desbroce de la selva y el huerto de yuca (o cassara) crecían con la misma facilidad en el nuevo lugar. Si bien no había ninguna salida de la selva para el cuerpo, el indio volvía los ojos hacia donde podía y encontraba una salida para la mente. Aunque vivía mayoritariamente entre sombras, disfrutaba con la claridad e incluso con las cosas hermosas. Se manchaba las extremidades desnudas con colores vivos, y se alegraba con las hermosísimas plumas de las aves de la selva y se decoraba con ellas. A sus danzas llevaba las gráciles hojas de algunas plantas arrancadas por el camino mientras acudía al lugar del encuentro y en los movimientos de la danza esas variadas ramas de delicadas hojas se agitaban obedeciendo los movimientos de sus extremidades, que a su vez obedecían a un culto de movimientos cuidadosamente recordado y que no había recogido por el camino.

Así, aunque se habla del indio como de un salvaje, y de modo correcto si consideramos su entorno material, su mente no es la de un salvaje. Aunque se lo debe describir como muy primitivo si lo medimos por los rendimientos extraídos de su entorno y la extensión de sus posesiones materiales, no es en modo alguno un hombre primitivo si consideramos sus facultades mentales. Es un ser humano inteligente, incluso particularmente inteligente en algunos sentidos, que se encuentra a causa de algún extraño destino extraviado en el bosque y obligado a residir en un entorno por el que no siente verdadero afecto. La mayoría de los indios que conocí sentían, estoy convencido, una profunda aversión por la selva. De poder levantar un dedo y tener una forma de llevármelos a otro lugar, tribus enteras habrían escapado con un grito de alegría de aquellos lugares habitados desde tiempos inmemoriales y habrían acompañado al desconocido hombre blanco hasta ese otro mundo que nunca habían visto, pero que, estoy firmemente convencido, nunca habían olvidado. Aunque iban desnudos, con cuerpos esbeltos, torneados y proporcionados, pintados como los mismos troncos entre los que revoloteaban como espíritus del bosque, sus mentes eran mentes de hombres y mujeres civilizados. Añoraban otra vida, esperaban otro mundo. Y esa añoranza estuvo, y está, en el fondo de gran parte de esa facilidad con la que fue capaz de «conquistarlos» el primer hombre blanco que apareció ante ellos. Su sumisión no es solo la de la mente india sumisa y dócil ante su superior intelectual, sino la de una mente que ha conocido cosas mejores que las ofrecidas por la selva y que nunca ha dejado de esperar los medios para volver a contactar con ellas.

También en eso creo que reside el secreto de la rapidez con la que el indio aceptó la guía de los instructores religiosos. Allá donde los padres jesuitas o franciscanos conseguían acercarse a ellos, los indios los seguían de común acuerdo

fueran del bosque, construían sus casas alrededor de la del padre y se sometían encantados a su autoridad. Todo viajero del Amazonas cuyas obras he leído da fe de esta característica recurrente. Hablando en 1851 de los indios de Pebas, los yagua, a quien el teniente Maw había visto en el transcurso de su viaje anterior, un oficial estadounidense, el teniente Herndon, relata así un ejemplo de ese apego al primer misionero que se había acercado a ellos.

La historia de la colonización de ese lugar es sorprendente, y muestra el apego del indio a su pastor y su Iglesia. Hace algunos años, el padre José de la Rosa Alva estableció en un poblado de los yagua situado a unos dos días de camino al norte y el este de la estación actual una misión que llamó Santa María y donde residía habitualmente. Los asuntos lo llevaron hasta Pebas y allí se demoró de imprevisto unos quince días. Los indios, al ver que no regresaba, razonaron entre sí y dijeron: «Nuestro padre nos ha dejado; vayamos a él». Tras lo cual reunieron las pertenencias que el sacerdote había dejado, cargaron con los utensilios y los muebles de la Iglesia, incluso con las puertas, prendieron fuego a sus casas y se unieron al padre en Pebas. Él los dirigió hasta la estación actual, donde construyeron casas y se establecieron.

En ese caso los indios se mostraron decididos a no verse otra vez «perdidos en la selva». El ser superior que se le había acercado con una norma de amabilidad y buena voluntad significaba para ellos mucho más que el hogar de la selva y el terreno de caza tribal. Transportaron con cuidado sus pertenencias y las de la Iglesia que les había enseñado a venerar; entregaron alegremente sus propias casas a las llamas.

Esta pequeña anécdota podría referirse de muchos lugares de las márgenes del Amazonas en los que penetró la influencia amable y bondadosa de los primeros misioneros católicos. Los jesuitas fueron excluidos de esa región por sus virtudes. Sus enseñanzas convirtieron a los indios en «ciudadanos», pero los hombres blancos no querían ciudadanos, sino esclavos. La avaricia de los negociantes fue más fuerte ante los gobiernos de la época que el altruismo de la Iglesia. Los jesuitas podrían haber salvado a todas las tribus indias del medio y bajo Amazonas de no ser por la salvaje rapacidad de los «colonos» portugueses. Allí donde los franciscanos, que son en Perú en cierta medida lo que los jesuitas fueron en Brasil, han tenido medios para proteger y ayudar los indios, han continuado la buena obra observada por el teniente Herndon y otros a principios y mediados del siglo pasado. Donde han fallado, ha sido debido al éxito del «comercio» sobre la civilización, de la codicia sobre el cristianismo.

El teniente Herndon anota así sus impresiones en uno de los pequeños asentamientos franciscanos en el Huallaga, muy por encima del moderno centro comercial de Iquitos, que hoy en día ya no ofrece dicho espectáculo:

3 de agosto de 1851. Fui a la iglesia. La feligresía —hombres, mujeres y niños— alcanzaba unas cincuenta personas. Un indiecito de unos dos o tres años, desnudo y patizambo, y el cachorro de pointer que Ijurra había llevado desde Lima encima de su montura, molestó a los fieles con sus juegos y brincos, pero en general éstos se mostraron muy atentos a sus oraciones, y devotos. Disfruté mucho del culto público a Dios con esos toscos hijos de la selva y, aunque probablemente entendían poco de lo que estaban haciendo, creí percibir sobre todos ellos su efecto humanizador y fraternizador.

¿Es demasiado tarde para esperar que por medio de la misma conducta humana y fraternal sea posible impartir algo de la buena voluntad y la bondad de la vida cristiana a esos hijos perdidos de la selva, lejanos y sin amigos, que aún esperan la verdadera llegada del hombre blanco a la región del Putumayo?

ROGER CASEMENT

5. Comentario

Para la realización de esta traducción, se ha seguido una metodología determinada. Una vez elegido el texto, primero se ha leído y asegurado que todo se entendía; si había alguna expresión o palabra difícil de entender, incluso con el contexto, se ha marcado. Esta primera lectura ayuda a tener una visión de conjunto del texto y a evitar errores. Después, se ha dado paso a la documentación, no solo se ha buscado el significado de los términos que no se entendían en diccionarios, tanto bilingües como monolingües, sino también ha sido útil documentarse sobre determinados aspectos que eran desconocidos. Por ejemplo, al traducir la vestimenta de los indígenas, si se buscaba la palabra «*sash*» en el diccionario daba más de una posibilidad de traducción o comprensión, por lo que se ha tenido que hacer una búsqueda más exhaustiva para determinar a qué se refería el autor. Entonces se realiza una investigación más a fondo y, en este caso, se llega a la conclusión que la palabra más adecuada es «*faja*». La documentación es un paso importante, no solo para buscar el significado de términos desconocidos, sino también para averiguar la denominación correcta de los nombres topográficos, que en este texto aparecen mucho. Finalmente, se ha revisado el texto traducido y se ha dejado descansar antes de volverlo a revisar por última vez. En este último paso se han corregido los últimos errores y cambios que se han creído oportunos.

Al traducir, se ha tenido muy claro cuál era la función del texto original y a quién iba dirigido. En nuestro caso, el texto de Roger Casement pretendía mostrar lo que vio después de sus investigaciones en el Putumayo y se publicó en 1912 en *The Contemporary Review*, una revista de carácter intelectual, por lo que se puede suponer que el público receptor era un lector culto. Por eso, el estilo de Casement es fluido y usa términos especializados. Además, se caracteriza por utilizar oraciones largas y pasivas, un rasgo que ha dificultado la traducción al español. Se ha utilizado un método traductor que ha intentado ser tan fiel al texto original como ha sido posible.

La traducción de «The Putumayo Indians» ha mostrado algunos problemas de traducción que caben mencionar.

Primero, tal y como ya he mencionado anteriormente, los nombres topográficos han sido uno de los puntos clave cuanto a documentación. Es cierto que la denominación de muchos lugares no cambiaba en exceso, por ejemplo, el afluente que en inglés se conoce como «Ampiyaco», en español varía ligeramente su nombre a «Ampiyacu», o la ciudad de «Pebas» se conoce así en los dos idiomas. Sin embargo, no hay que caer en el error de pensar que todos los nombres topográficos son iguales, o casi iguales, en ambas lenguas. Tenemos como ejemplo el río «Japurá», que, aunque esta no es incorrecta, en español su denominación más usual es «Caquetá».

En segundo lugar, el texto está plagado de referentes culturales, no solo relacionados con la cultura de las diferentes tribus indígenas, sino también con la cultura

inglesa. Por ejemplo, «Lieutenant» se refiere a un rango oficial del ejército inglés, por lo que hay que ser cuidadosos e igualar la jerarquía en español, en este caso se opta finalmente por «teniente». O también «R.N.», las siglas de «Royal Navy»; al ser un organismo de otro país, se opta por traducirlo por «Marina Real británica». Asimismo, los referentes culturales indígenas también han supuesto un problema, por ejemplo, al hablar de la vestimenta o de las armas que usan. En este caso no podemos restringir nuestro proceso de documentación a diccionarios, sino también debemos indagar más y buscar en páginas web o artículos especializados. En relación a esto, los sitios web de organismos sudamericanos han sido de gran ayuda, por ejemplo, la *Base de datos de pueblos indígenas u originarios* del Ministerio de Cultura de Perú,² donde también se recoge la denominación correcta en español de las diferentes tribus indígenas.

Por otra parte, cabría destacar la dificultad que han supuesto las oraciones largas y pasivas. Muchas oraciones eran complicadas y con mucha información relevante, y solían conectar con la oración siguiente, por lo que si se eliminaba la pasiva la relación de ideas posterior no tenía sentido. Sin embargo, esas oraciones eran más naturales en español si eran activas. Así pues, se han convertido en activas las oraciones pasivas en inglés que se han podido y se han hecho los cambios necesarios para poder enlazar las ideas sucesivas.

Por último, dentro del artículo, Casement hace referencia y cita otros textos. En estos casos de intertextualidad, hay que ser cuidadosos y ser fieles al estilo de cada autor.

En resumen, el artículo de Casement pretende mostrar la verdad sobre el Putumayo y como traductores debemos ser exactos a su función. Para solucionar las diferentes dificultades que se han encontrado al traducir, se han utilizado varios métodos de traducción, dependiendo del problema. Así pues, se ha dotado a la traducción de fidelidad y certeza, para así acercarnos y entender más a Roger Casement y a su investigación.

² Base de datos de pueblos indígenas u originarios <<http://bdpi.cultura.gob.pe/>> [Consulta: 10 abril 2016]

6. Bibliografía

British Library. *Petition in support of Roger Casement by Arthur Conan Doyle* <<http://www.bl.uk/collection-items/arthur-conan-doyle-roger-casement>> [Consulta: 3 noviembre 2015].

CASEMENT, Roger (1914). *The Crime against Ireland and How the War may Right in* <<https://archive.org/details/crimeagainstire100case>> [Consulta: 3 enero 2016]

Diario El País (2010). "El nacionalismo es la peor construcción del hombre" <http://elpais.com/diario/2010/08/29/revistaverano/1283032801_850215.html> [Consulta: 20 diciembre 2015].

History Ireland. *Sir Roger Casement's Heart of Darkness: the 1911 documents.* <<http://www.historyireland.com/20th-century-contemporary-history/sir-roger-casements-heart-of-darkness-the-1911-documents>> [Consulta: 1 febrero 2016]

IWGIA. Grupo Internacional de Trabajo Sobre Asuntos Indígenas. *Libro Azul Británico - Informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo* <http://www.iwgia.org/publicaciones/buscar-publicaciones?publication_id=568> [Consulta: 30 diciembre 2015].

Latin American Bureau (2012). *The Putumayo Atrocities* <<http://lab.org.uk/the-putumayo-atrocities-i-what-really-happened-in-the-amazon>> [Consulta: 3 enero 2016]

Ministerio de Cultura República de Colombia (2013). *Informe fiesta de las lenguas 2013.* <<http://www.mincultura.gov.co/areas/poblaciones/noticias/Documents/Informe%20actividad%20Fiesta%20de%20las%20Lenguas%202013.pdf>> [Consulta: 2 enero 2016].

National Library of Ireland. *1916. The 1916 rising: personalities & perspectives. Roger Casement* <<http://www.nli.ie/1916/pdf/5.pdf>> [Consulta: 18 diciembre 2015].

Ó SÍACHÁIN, Séamas. «Roger Casement, ethnography, and the Putumayo». National University of Ireland Maynooth <<http://eprints.maynoothuniversity.ie/1086/1/CasementSOS.pdf>> [Consulta: 2 enero 2016]

PHOENIX, Eamon *et al*, *Feis na nGleann. A Century of Gaelic Culture in the Antrim Glens*, Ulster Historical Foundation, Irlanda del Norte, 2005. [Consulta: 3 enero 2016]

PINEDA CAMACHO, Roberto (2003). «La casa Arana en el Putumayo». *Credencial Historia*, núm. 160 <<http://www.banrepultural.org/node/73209>>. [Consulta: 18 diciembre 2015].

— (2003). «Julio César Arana y Sir Roger Casement. Destino cruzados: el caucho, un comercio infame». *Credencial Historia*, núm. 160 <<http://www.banrepultural.org/node/73210>>. [Consulta: 18 diciembre 2015].

SIERRA, Gina Paola (2011). «La fiebre del caucho en Colombia». *Credencial Historia*, núm. 262

<<http://www.banrepultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/octubre2011/la-fiebre-del-caucho-en-colombia>>. [Consulta: 18 diciembre 2015].

Survival. *Muerte en el paraíso del diablo*. <<http://www.survival.es/articulos/3283-fiebre-del-caucho>>. [Consulta: 26 diciembre 2015]

World Public Library. *Roger Casement*. <http://www.worldlibrary.org/articles/roger_casement> [Consulta: 26 febrero 2016]

7. The Putumayo Indians

THE PUTUMAYO INDIANS.

THE region of the Putumayo formed until a comparatively recent period one of the least known districts of the upper Amazons, and to its isolation may be attributed the survival in fairly large numbers of its native races. No civilised government, until quite recently, exercised any authority in the region, and no civilised men had established themselves among the various kindred tribes which inhabit the thick forest that stretches in a well-nigh unbroken wave across the expanse of country that extends from the Putumayo to the Japurá. These two rivers, both rising in the Ecuadorean and Colombian Andes, not very far from Quito, empty themselves into the Amazons in Brazil, after courses of perhaps 1,200 miles and 1,700 miles respectively.

The origin of the word Putumayo I have not been able to determine. It would seem, in the first case, to have applied not to the great river now called by that name, but to a district of country lying far inland of a point on the north bank of the Amazons, termed Pebas, which is itself only some ninety miles below Iquitos. The present Pebas is a small trading settlement, which was formerly a place of greater importance. Today, it consists of two or three houses of Peruvian traders who control the Indian tribe called the Yaguas (named after the river they are mainly settled upon), and through these Indians exploit the wild rubber of the inland forest. In earlier records "Putumayo" is spoken of as a place, a "nation" or country reached vis. Pebas. Pebas itself is situated at the mouth of a small tributary of the Amazons called the Ampiyaco, and it was probably up this river that the earlier attempts to reach "Putumayo" were made by dwellers in the Peruvian Montaña. The Montaña is the name applied to the whole forest region of Peru stretching from the foothills of the Eastern Andes to the Brazilian frontier.

The tribe called the Yaguas Indians are not, properly speaking, Putumayo Indians, but since it was through the country of this tribe that the first attempts to reach the Putumayo from Peru were made, a short account of these people may not inappropriately lead up to a description of the inhabitants of the Putumayo.

Attempts to enslave the Indians of the Putumayo would appear to have

been made at an early date, for records of slave raids in the region exist as far back as 1706. A detachment of Spanish soldiers was actually stationed at Pebas about 1790 "to prevent the incursions of Portuguese "slavers" among the Putumayo Indians. As a rule, the Portuguese slave dealers had ascended the Japurá until they reached the higher forest regions where the Indians were more numerous ; but the mention in the archives of Loreto of the measures taken by the Spanish authorities shows that the raiders had extended their operations far above the mouth of the Japurá along the main stream of the Amazons.

In an interesting record of a journey down the Amazons in 1828 Lieutenant Henry Lister Maw, R.N., who had quitted the coast of Peru in December, 1827, and reached Pará on the Atlantic in April, 1828, speaks of "Putumayo" as a locality, and places it vaguely somewhere between Iquitos and the Brazilian frontier. He quotes from a report of the then Vicar of Moyobamba, addressed to the ecclesiastical authorities at Lima, dealing with all the settled "pueblos" in the Diocese of Maynas, a passage where the Vicar refers to the "pueblo of Putumayo" as the furthest point of his titular jurisdiction. The Vicar wrote to Lima: "I am ignorant of its Church and of the State in which it is, but I am certain that it has no curate. It is the line where the before mentioned Government with the title and name of the Missions of Maynas terminates."

Describing the Yaguas Indians he saw at Pebas in 1828, Lieut. Maw says:—

"If, as has appeared to me natural to suppose, the subjects or descendants of the Incas retreated to the Montaña before the Spaniards, one of these tribes called the Yaguas bear strong marks of being so descended, not only as they differ from the other Indians, almost as much as they do from Europeans, but what is extraordinary, they wear their hair cut straight across the forehead and cropped behind in the manner that is described as one of the distinguishing marks of the Incas, and which we never saw among any other of the Indians. They are tall and good figures, their complexion is a tawny-yellow, scarcely darker than the Moyobambians. Their hair is lighter than that of the common Indians, and the expression of their countenances far from stupid. They wear sashes made of thin white bark, which fall before and behind, and have their heads and arms ornamented with the long feathers of the scarlet macaw, or, as it is there called, papagayo. Indeed, I think it is scarcely possible to give a better description of the Yaguas we saw at Pebas than by referring to the prints usually published of the Peruvians at the time of the Spanish conquest. . . .

"Before the revolution (the revolt of the Spanish colonies) there was a communication with several nations living half a month's journey, particularly with the Putumayo nation near Pasto. The latter are numerous, and used formerly to collect much sarsaparilla and beeswax, but when the revolutionary war commenced the Spaniards sent soldiers to Pebas and the Indians were afraid to come." Lieutenant Maw does not associate this "Putumayo" with the "pueblo" of the Vicar of Moyobamba, for he refers as follows to the supposed site of the latter. "Shortly before reaching Tabatinga

(the Brazilian frontier) we passed a pueblo on the left bank, the name of which I could not learn from the Indians, but which was, perhaps, 'Putumayo', mentioned by the Vicar of Moyobamba."

Three hundred miles further down the Amazons, when he actually passed the mouth of the Putumayo river, Lieut. Maw learned of it only under its Brazilian name of Iça (pronounced Isaá), and was not at all aware that this was the same river which, higher up, is known by its Peruvian name of Putumayo. Lieut. Maw mentions that parties of whites were accustomed to ascend the Japurá on slave raids, as that river was then considered " the most favourable district for catching Indians." He describes the manner of these man hunts, and the description then given holds good of some parts of the upper waters of the Amazon at the present day.

The Japurá washes the northern shores of the forest area in which the several tribes to-day forming the "Putumayo region" dwell. That these tribes were once numerous is clear from the long-continued efforts of the slavers to tap that prolific source of life, and in these unenviable efforts Brazilian, or rather Portuguese, slavers would seem to have been much earlier than those of Spanish descent. The three chief forest streams draining into either the Putumayo or the Japurá, along whose courses the most numerous Indian settlements extended, all bear names upon the map that indicate a Brazilian origin. These rivers are the Caraparaná and Igaraparaná, flowing into the Putumayo, and the Cahuinari, flowing into the Japurá. It is the region drained by these rivers, each of them a stream several hundred miles in length, that forms the homeland of the so-called Putumayo Indians.

The district may be said roughly to cover 50,000 or 60,000 square miles, but it is only the upper and middle courses of these rivers which have, or had, any large Indian population, so that the really inhabited portion probably does not exceed 25,000 square miles. The forest is here healthier and comparatively drier, and the mean altitude would be from 600 to 900 feet above sea-level. The population in the earlier years of the last century was doubtless much greater than it is to-day, and may very well have been then 100,000 human beings. The portion of it I visited has, been put in more than one computation at 50,000 within the last twelve years, although at the date when I was on the Igaraparaná, in 1910, it was by no one estimated at more than 10,000 for that district. The diminution has not been entirely due to the deaths of the Indians, brought about by means I will not discuss here, but must also in some measure be attributed to the flight into territories lying north of the Japurá of large bodies of fugitives seeking to escape from the rubber exactions imposed upon them.

The various tribes of this region had remained a practically untouched people up to the closing years of the last century. Their relation to the white men had been only a distant one, that of savages visited from time to time by raiding bands or parties of so-called traders who came to buy or catch Indian slaves. These expeditions, as I have said, came chiefly up the Brazilian waterways, and were mainly organised by Portuguese dwellers along the main course of the Amazons. Brazilian law at that time was impotent to hinder this nefarious traffic. Evil as it was—and the magnitude of the evil is abundantly testified to by foreign travellers, from Lieut. Maw

on to Richard Wallace, and even by Louis Agassiz, who wrote at a later date—it left the Putumayo tribes, who were victims of or parties to it, untouched in their home life and social relations. Where there were no good men or worthy motives among the civilised intruders, it was much better they should remain as occasional visitors with criminal intent than that they should settle among the savages; their presence could only corrupt even if the latter should survive the contact.

The Indians of the Amazon woodlands had, and have, many excellent qualities. Although savage in their surroundings they were not, in fact, savages as the word is understood—for example, in Central Africa ; and even where cannibalism exists among South American Indians these remote tribes have preserved a gentleness of mind and docility of temperament in singular contrast with the vigorous savagery of the far abler African. Although the wild tribes in the great Amazon forest lived, and live, in a constant state of hostility with one another, they were, and are, averse to bloodshed. The African savage, on the contrary, delights in bloodshed, whether it be on the field of battle or in human sacrifice. To him half the purpose of killing lies in the act of killing. To adopt the Zulu phrase, when he goes to war he "sees red." He is not content with merely getting his adversary out of the way, but he wishes to shed his blood, to hack his limbs, and to rejoice in a gory triumph. His weapons of offence and defence are fashioned to this end. They are blood-letting weapons. His huge spears, with blades a foot long, his great battle-axes and curved knives for beheading, are fashioned for slaughter. Not so the South American Indian. To take his enemy's life was, perhaps, a necessity of his environment, and therefore he had to possess arms to this end, but these arms are, if the word can be used, the most gentle engines of death—the silent blow-pipe with the tiny dart only a few inches long, the small throwing spear that a woman or boy can hurl, and the noiseless bow and arrow. The blow-pipe is, perhaps, the most effective of these weapons. Where the African clove his adversary with a heavy axe, or ripped him open with a spear, the Indian took his enemy's life noiselessly, and with scarcely a drop of blood.

The Indian dislike to bloodshed was noticed by Lieut. Herndon, an officer of the United States Navy, who descended the Amazons in a canoe in 1851, and he thus records this characteristic of the race in his remarks upon the people of Chasuta, an Indian village he passed through on the banks of the Huallaga:

"I have noticed that the Indians of this country are reluctant to shed blood, and seem to have a horror of its sight. I have known them to turn away to avoid killing a chicken when it was presented to one for that purpose. The Indian whom Ijurra struck did not complain of the pain of the blow, but bitterly and repeatedly that 'his blood had been shed.'"

Lieut. Herndon refers here to a tribe who were already under the influence of Christian teachers, but who, in this, as in other respects, retained their natural instincts. He mentions these Chasuta Indians as "a gentle, quiet race; very docile, and very obedient to their priest, always saluting him by kneeling and kissing his hand"; but they, nevertheless, "excelled as hunters."

Although constant fighting prevailed among the wild Indian tribes hidden in the forest, it is clear that they did not think principally of war, for had this been the case, their dwellings would have been otherwise constructed than they are. Tribes

situated in similar circumstances in Africa speedily learn to fortify their dwelling-places. African villages, even of the rudest kind, are frequently surrounded with stout palisades, trenches, and other defensive out-works. South American Indians, although very skilful builders, and with ample materials for building, have always contented themselves with dwellings that offer no protection whatsoever against assault. The houses of the Putumayo tribes, for example, are, as dwelling-houses, much loftier and better constructed than the majority of African dwellings of the same type of forest-dwellers, but they afford a shelter only against the rain and sunshine, not against an enemy. These dwellings are very ably constructed. Several Indian families congregate together, all of them united by close ties of blood, and this assemblage of relatives, called a "clan," may number anything up to, perhaps, three hundred individuals, all of them dwelling beneath one roof, in a large central dwelling-place, presided over by a hereditary chief. A clearing is made in the forest, and, with the very straight trees that abound in the woods, a lofty and very spacious tribal house is erected. The uprights are as straight as the mast of a ship. The ridge-pole will often be from thirty to forty feet from the ground, and considerable skill is displayed in balancing the rough beams and adjusting the weight of the thatch. This thatch is composed of the dried and twisted fronds of a small swamp-palm, which admirably excludes both rain and the rays of the sun. No tropical dwelling that I have been in in Africa is so cool or dry as one roofed with this material. The roofs, or thatches, of these dwellings extend right down to the ground and serve in place of walls. They are not designed as a bar against intruders so much as to keep out sunlight and wet, and in no case could they serve as a protection against attack.

The causes of conflict between neighbouring tribes of Indians were invariably not for purposes of gain or profit, but in the nature of family quarrels, or founded on purely personal disputes. The Indian had no desire to enrich himself at the expense of his neighbour. He was, and is, a Socialist by temperament, habit, and, possibly, age-long memory of Inca and pre-Inca precept. When one tribe attacked another tribe the cause of conflict was almost certainly a personal one, and very often, I should say, due to an accusation of witchcraft, or involving, possibly, a point of honour. An individual of one family had died, and the reason of death was said to be due to the enmity and malpractices of a neighbour. As each clan was but a single family, the injury of one member became the grief of all.

While I was at a station called Occidente, in the middle of the forest, between the Japurá and Igaraparaná, one day in October, 1910, a large wood ibis, a magnificent bird, came sailing high from the north. He circled round, and finally descended in the station-clearing, within a few yards of the house where we were all at luncheon on the verandah. Many Indians from the forest, belonging to the Huitoto and Muinanes tribes, were assembled in the compound, and these were greatly excited at the advent of the bird and his deliberate descent, almost on the very ground where they stood.

It was with difficulty I prevented the bird from being killed. A chief of the Muinanes, named Hatima, a friend of mine, who possessed a rifle, for which I had given him cartridges, begged to be allowed to shoot the ibis; but, to oblige me, the bird was left unmolested in full view of a watching crowd of mingled Peruvians and Indians. After resting himself some minutes and pruning his feathers, he again took wing, and, rising in two or three circles, was soon at a great height, when he wheeled southwards and disappeared over the distant

fringe of forest, flying towards the Huitoto country by the Igaraparaná. Hatima protested ruefully that this bird had been sent by their enemies, the Carijonas, a tribe across the Japurá, to bring disaster upon them, and that my intervention had aided the malice of their foes. Witchcraft plays as important a part in the life—and death—of a Putumayo Indian as in that of a Bayanzi of the Congo or a spirit-haunted dweller on the Niger.

The Indians of the Putumayo consist of some six or seven distinct tribes speaking different languages, or, possibly, wholly differing dialects of the same language. In manners and customs they are identical, although their characters differ considerably. The principal tribes are the Huitotos, the Boras, the Andokes, the Muinanes, the Recigaros, the Ocainas, and the Nonuyas inhabiting the region in which the operations of the Peruvian Amazon Company have been carried on. Of these, the Huitotos are the most numerous, while the Recigaros are probably reduced to a mere handful.

The Huitotos are the least sturdy and courageous of these tribes, and for that reason have felt the heaviest burden of rubber-collection. The Boras and Recigaros are the finest physically and in morale of the tribes enumerated. The former are still largely unconquered—that is to say, they dwell in their remote forest-houses unburdened with the blessings of "civilisation," and free to cultivate their patches of cleared forest in such peace as their natural surroundings permit. Many, however, have been turned into rubber-collectors, and have suffered much in the process. They are fine specimens of manhood, as are the Recigaros, straight and clean-limbed, with often very pleasing features, and are brave, intelligent, and capable.

All these Indians are, indeed, notably intelligent. Their weakness lies not in lack of intelligence so much as in that prevailing docility of mind which leads the Indian everywhere, in that part of South America, to submit to the white man and to render him an ever too ready obedience. The causes of this submissive demeanour undoubtedly lie in the fundamental characteristics of the Indian race. It was doubtless this quality that enabled the Inca sovereigns, and those who went before them, to construct a communistic empire on the Andean plateau out of much the same raw material. I am aware that more than one writer asserts that the population of the Andes was of a wholly different origin from the forest Indians, but I do not share this belief. It would seem to me that all the Indians of the New World are derived from a common origin, for the points of resemblance among them are innate and equally visible in widely separated communities, while the points of difference can everywhere be accounted for by the force of circumstance and the influence of food, climate, and surroundings.

So far as my perception carries me, I should say that the tribes interned in the vast Amazon forests were of identical origin with the Aymaras and Quichuas of the Inca Empire, differing obviously in many respects, owing to external circumstance endured for long ages, but preserving many common characteristics, and, in their general outlook on life, retaining an abiding mental attitude alike in the forest as on the mountain height. A curious fact I noted during my brief stay on the Putumayo goes to support this view. The music, songs, and dances of the forest Indians are not based on their life of to-day, but are drawn from some far-off ancient fount of inspiration. To

describe these as I witnessed them more than once in the heart of the deep equatorial forest, would be to describe what Lieut. Maw, writing nearly a century earlier of the dance he observed on the Pacific slope of the Andes, termed the "old Inca dance of the Indians." Passing through the streets of Contumasa he "met several groups going about in masks, performing the old Indian dance handed down from the time of the Incas: the music consisted of the ancient drum and a kind of pipe or flute. When they stopped to dance it was in an irregular circle." This would, very briefly, stand for any of the Indian dances still celebrated hundreds, and even thousands of miles from the site of the Inca civilisation, and such as I frequently observed on the Putumayo.

The drum and the flute pipes and the masked men were necessary part of each performance, and the dancers always separated into diverging and irregular circles, while the song that accompanied this motion was rendered in words that none of the Peruvian or Colombian white men, who often spoke the native language of the tribe with extraordinary fluency, could understand anything of. They all answered my inquiry that when the Indians danced they sang "old, old songs" that no one knew the origin of, and the very words of which were meaningless outside the dance. No explanation was forthcoming—the songs were "very old," and referred to some dim, far-off events that none of the whites could learn anything about; the Indians only said they came down from their remote past. That that remote past was something wholly different from their present-day environment I became more and more convinced as I studied these innocent, friendly, child-like human beings.

They went, it might be said, almost quite naked—the men only wearing a strip of the bark of a tree, wound round the loins, while the women, entirely nude, stained their bodies with vegetable dyes, and, at dances, stuck fluff and feathers with an adhesive mixture to the calves of their legs and sometimes down the hips. The men, too, stained their bodies with varied native dyes that soon wash or wear off. Both sexes are chaste and exceedingly modest. Their minds are alert, quick, and perceptive—although not, I think, receptive—and their dispositions cheerful and courteous. Their possessions were practically *nil*, and their surroundings depressing in the extreme—a morbid, dense, and gloomy forest, inhabited by wild beasts, serpents, and insects, and subject to one of the heaviest rainfalls in the world, accompanied often by the most tremendous storms of thunder and lightning to appal the stoutest heart. No metals anywhere exist, and even stones are very scarce—the forest was their end-all and their be-all. They had no domestic animals of any kind, and no food or materials, save such as might be derived from the unending woodlands in which they were submerged. Such surroundings as these neither offered a future nor held a past.

The stars and the heavenly bodies played no part in the lives of those sunk in this gloom of an eternal under-world of trees. To all intents and purposes their bodily existence was on a par with that of the wild animals around them, and if the wild beasts were at home in the forest the wild men, it might be thought, were equally its natural denizens. Yet nothing became more clear the more these Indians were studied than that they were not children of the forest, but children of elsewhere lost in the forest—babes in the wood, grown up, it is true, and finding the forest their only heritage and shelter, but remembering always that it

was not their borne. They had accommodated themselves, as far as they might, to their surroundings, and made a shift at living there ; but had never really accepted this environment. Thus while their bodies were strayed and lost in the trees, their minds, their memories, maybe, refused to accept these surroundings. They never gave the impression of being at home. They had refused to make the material best of circumstance. While their knowledge of the forest and everything it possessed was profound, one felt that these age-long denizens of the woods were not citizens of the forest, but strangers, come by chance amid surroundings they did not love, although they knew them by heart, and that their lives were spent in an hereditary picnic rather than in a settled occupation. All their material surroundings were temporary—their only permanent possessions were mental, and, if I may use the word, spiritual. While Nature in her garb of lofty trees was gloomy, overclothed and silent, the Indian was laughing, naked, and ready to sing and dance on the slightest provocation.

While he abstained from providing himself with a stronghold, or abiding place, or even cultivating beyond his most immediate needs, he was always ready for a dance, a game, or a hunting expedition. His dances, his songs, were a more important part of his life than the satisfaction of his material wants. These might have been much better provided for had he bent all his energies in that direction, but it seemed as though the Indian was haunted by a memory of other circumstances than these he dwelt in, and that the hope of escape, of restoration, of finding the way out of the region into which he had strayed and wherein he had got lost came between him and sustained settled effort to make a native land of this accidental forest. Everything but his music, his dance, and songs was temporary his house, or clan dwelling, he shifted from point to point within the region his clan claimed lordship over, and his forest clearing and garden of yucca (or cassara) grew with equal facility on the new site. While there was no way out of the forest for the body, turn his eyes where he might, he found a way out for his mind. While he lived in shadow mostly, he delighted in brightness, and even in beautiful things. His naked limbs he stained with vivid hues, and he rejoiced in the gloriously beautiful feathers of the forest birds, and decorated himself with these. To his dances he brought a graceful frond of some plant plucked by the track as he came to the meeting-place, and in the movements of the dance these varied staves of delicate leaves were waved in obedience to the movements of his limbs that themselves obeyed some carefully-remembered cult of motion he had not picked up by the wayside.

Thus, while the Indian is spoken of as a savage, and, if we view his material surroundings, rightly thus termed, his mind is not that of a savage. While he must be described as very primitive if we measure him by his material gains over his surroundings and the extent of his worldly possessions, he is by no means a primitive man if we regard his mental faculties. He is an intelligent human being, even a singularly intelligent one in some respects, who finds himself by some strange fate lost in the woods and compelled to reside in surroundings for which he has no true affection. Most of the Indians I met had, I really believe, a positive distaste for the forest. Had I lifted my finger and possessed the means to convey them away, whole tribes would have fled with a shout of joy from the haunts they had dwelt in for unnumbered ages, to

accompany the stranger white man to that other world they had never seen, but, I verily believe, had never forgotten! While naked in body, slim, beautifully shaped and proportioned, coloured like the very tree-trunks they flitted among like spirits of the woods—their minds were the minds of civilised men and women. They longed for another life—they hoped ever for another world. And this longing was, and is, at the bottom of much of that ease with which the first white man to come among them was able to "conquer" them. Their submission is not alone that of the submissive, gentle Indian mind in front of its mental superior, but that of a mind that has known better things than anything the forest can offer, and has never ceased to hope for the means of re-contact with them.

In this, too, I believe lies the secret of the Indian's ready acceptance of the guidance of religious instructors. Wherever the Jesuit or Franciscan fathers were able to reach the Indians, these followed them with one accord out of the forest, and built their houses around the "padre's," and delightedly submitted to his authority. Every single traveller on the Amazons, whose works I have read, bears witness to this recurrent trait. Speaking of the Indians of Pebas, in 1851, the Yaguas, whom Lieut. Maw had seen in the course of his earlier voyage, Lieut. Herndon, the American officer, thus relates an instance of their attachment to the good priest who had first come to them. "The history of the settlement of this place is remarkable, as showing the attachment of the Indians to their pastor and their Church. Some years ago, Padre 'José de la Rosa Alva' had established a mission at a settlement of the Yaguas about two days' journey to the northward and eastward of the present station, which he called Santa Maria, and where he generally resided. Business took him to Pebas, and unexpectedly detained him there for fifteen days. The Indians, finding he did not return, reasoned with themselves and said, Our father has left us; let us go to 'him.' Whereupon they gathered together the personal property the priest had left, shouldered the Church utensils and furniture, even to the doors, set fire to their houses, and joined the Padre in Pebas. He directed them to the present station, where they builded houses and established themselves."

Here the Indians were determined not to be "lost in the forest" again. The superior being who had come among them with a rule of kindness and goodwill was far more to them than forest home and tribal hunting-ground. His belongings and the Church he had taught them to venerate were carefully transported—their own houses were cheerfully abandoned to the flames.

This little story could be related to many places on the main banks of the Amazons, wherever the kindly and affectionate influence of the early Catholic missionaries had penetrated. The Jesuits were excluded from that region for their virtues. Their teaching made the Indians "citizens," but the white men wanted not citizens but slaves. The greed of the "negociantes" was stronger with the Governments of that day than the unselfishness of the Church. The Jesuits might have saved all the Indian tribes of the lower and the middle Amazon had it not been for the greedy savagery of the Portuguese "colonists." Wherever the Franciscans, who are in Peru to some extent what the Jesuits were in Brazil, have had means to protect and help the Indians, they have carried on the good work that Lieut. Herndon and others noted in the early and mid years of the last

century. Where they have failed, it has been due to the success of "commerce" over civilisation, of covetousness over Christianity.

Lieut. Herndon thus records the impression made upon him at one of the little Franciscan settlements on the Huallaga, far above the modern commercial centre of Iquitos, which to-day can offer no such spectacle:—

"August 3rd, 1851. —Went to church. The congregation—men, women, and children—numbered about fifty. A little naked, bow-legged Indian child of two or three years and Ijurra' pointer puppy, which he had brought all the way from Lima on his saddle-bow, worried the congregation with their tricks and gambols, but altogether they were attentive to their prayers, and devout. I enjoyed exceedingly the public worship of God with these rude children of the forest, and although they probably understood little of what they were about, I thought I could see its humanising and fraternising effect upon all."

Is it too late to hope that by means of the same humane and brotherly agency something of the good-will and kindness of Christian life may be imparted to the remote, friendless, and lost children of the forest still awaiting the true whiteman's coming into the region of the Putumayo?

ROGER CASEMENT.